

Hablaba antes del río del Couesnon, que corre al oeste del Monte San Miguel, y que forma el límite entre Normandía y la Bretaña.

Parece que antiguamente corría al este del Monte que, hoy en Normandía, estaba entonces en Bretaña; un antiguo dístico lo recuerda :

Le Couesnon, par sa folie,
A mis le Mont en Normandie.

Desde estas playas movedizas, me fui a Dol, a Saint-Malo y a la isla de Jersey.

XXIII

La isla de Jersey. — Humphry Davy. Los últimos días de un filósofo. — Mi oncena obra. — Congreso de Saint-Brieuc. — Un incidente de ferrocarril. — Entrada en París y conferencias. — Filosofía astronómica. — Mentalidad humana; ambiciosos e intrigantes. — La avaricia. — Las conferencias de Vincennes.

La isla de Jersey, que no se encuentra más que a 20 kilómetros de la costa francesa — mientras que está a 140 de la de Inglaterra — es inglesa por consecuencia de la anexión estúpida de la Normandía a la Inglaterra en tiempos de Guillermo. En los primeros siglos de la monarquía francesa, era, no solamente francesa, sino hasta continental, porque no estuvo separada del continente sino con ocasión de la gran marea del año 709. Antes de esta época, se iba a pie hasta « Caesarea », como se llamaba entonces la villa de Saint-Hélier, por un extenso bosque, del que se encuentran aún vestigios a una débil profundidad. « Caesarea » ha hecho a « Jersey ». Es un país bien francés, o, por mejor decir, normando, y que ha conservado su lengua y sus tradiciones, aunque bajo la dominación nominal de Inglaterra.

El recuerdo de Victor Hugo, que se refugió allí des-

pués del golpe de Estado del 2 de diciembre, antes de instalarse en Guernesey, se cierne aún en su cielo.

Habité unos diez días aquella isla situada en la frontera misma de Francia y sobre el granito mismo del suelo bretón, del que una rama surge allí por encima del nivel de las ondas. El alma que busca la soledad y el silencio puede llegar allí sin temor y echar el ancla sobre sus verdes orillas. A pesar de la exigüidad del territorio, cuya extensión no excede de la de París, a pesar de su capital Saint-Hélier y sus pueblos, a pesar de sus granjas y de sus parques, se encuentra allí una tal variedad de paisajes, que se creería uno rodeado de un vasto mundo en algún sitio donde se dejen errar sus pasos.

A la puesta del Sol, mientras que el astro del día se hunde lentamente en el mar, distinguimos, a la parte de allá de las olas, las costas de Francia enrojadas por el astro rey; bien pronto el crepúsculo extiende sus velos sobre la isla verde, « la esmeralda de los mares »; las rosas de los jardines van a cerrar sus corolas y reparten sus más suaves perfumes; la estrella de la tarde aparece al ponerse el Sol. Errando por el borde de las rocas, somos sorprendidos por las ondulaciones de un mar fosforescente, o bien, elevándose nuestro pensamiento más arriba de los fulgores de abajo, más alto que el mar, más arriba que las islas y los continentes, sube hasta las radiantes estrellas, hasta las islas del espacio, en las que saluda otros astros y otros cielos.

La esmeralda de los mares no está dotada sin embargo de una primavera perpetua, y no se encontrará siempre en su seno el paraíso terrenal cuya imagen representa en sus días de luz. A veces las brumas del

Océano se extienden sobre ella como un sudario, espesas capas de nubes se amontonan en una bóveda rebajada, el cielo se pone sombrío, el aire helado, y la lluvia, impulsada por el huracán, inunda la pobre tierra que sale de las olas, hasta que el arco iris renace en una hora de sol sobre el mar tranquilo.

Desde hace tres días, una lluvia fina, incesante surcaba oblicuamente el cielo gris, aportando con ella no ya la dulce melancolía del paisaje solitario, sino la sombría tristeza de las monotonías invencibles. Impaciente por salir, cansado de los pocos libros franceses que tenía conmigo y fatigado por otra parte de periódicos insignificantes y poco dispuesto a escribir, salí de mi hotel a la ventura y me dirigí maquinalmente hacia la plaza del mercado, en King-street, si la memoria no me es infiel (donde se encuentran, el sábado por la tarde, paseos de rubias adolescentes que recuerdan un poco los misterios de la isla de Pafos). El gran almacén de librería que allí se encuentra expone sobre todo a la mirada de los pasantes las fotografías de la isla y periódicos ilustrados, en medio de los cuales se extiende la inevitable *Illustrated London News*. Quería absolutamente encontrar alguna cosa de nuevo para mí en la expresada librería y rebuscaba pacientemente a través de los estantes de libros.

Mis ojos encontraron un pequeño libro finamente encuadernado que llevaba el nombre de *Sir Humphry Davy*, y, naturalmente, se pararon sobre este nombre célebre a justo título de uno de los sabios más eminentes de los tiempos modernos.

El libro que acababa de ver tenía por título *Consolations in Travel, or the last days of a philosopher*. Yo

no lo conocía ni aun de nombre. — *Consuelos en viaje* : — ¡ Bien ! dije para mí. He aquí precisamente mi negocio. El libro no debe ser malo, puesto que es del gran Humphry Davy. Que sea alegre o triste, poco importa. Si no me distrae absolutamente, en todo caso no dejaré de interesarme e instruirme.

Me llevé pues el volumen, como se lleva un tesoro desconocido nuevamente descubierto, y volví, a través de la lluvia, a mi cuarto del hotel de la *Pomme d'Or*, ya impaciente por gustar el nuevo fruto, a riesgo por otra parte de arrojar al cabo de un cuarto de hora la obra del sabio químico, si, como las manzanas de oro del mar Muerto, la cubierta exterior no encerraba más que cenizas.

Eran entonces las tres de la tarde. Hacia media noche o una de la mañana estaba todavía en compañía de aquel espíritu profundo, instruído y prudente ; y no lo abandoné sino después de haber leído enteramente los seis diálogos de que se compone el libro original que acababa de adquirir. Me había aficionado a aquella lectura, no como a una vulgar novela que se continúa hasta el desenlace dramático que el autor retarda de página en página, con gran contrariedad del lector, sino como se aficiona uno a una conversación científica cuyos autorizados personajes presentan sucesivamente a discusión seria los grandes problemas de la naturaleza y de nuestros destinos.

El título de la obra : *Consolaciones en viaje o los últimos días de un Filósofo* era un cuadro especial para el pensamiento que se interroga a sí mismo sobre las más profundas cuestiones de la ciencia y de la filosofía. Había encontrado en esta lectura no solamente un cuadro trazado de mano maestra del progreso de

las ciencias modernas, no solamente también miras superiores sobre las leyes de la naturaleza, sino, me atreveré a decir, una correspondencia secreta con mis ideas más íntimas sobre el aspecto intelectual de la creación. Me había sorprendido encontrar en el ilustre químico una identidad singular de convicciones entre él y yo sobre ciertos puntos particulares de la filosofía de las ciencias y hasta de la astronomía y, además, con algunos de mis modestos trabajos, una analogía con la que me consideraba profundamente honrado.

No tardé en estar convencido de que una traducción de esta obra no sería nociva a la ciencia francesa contemporánea, y que podría prestar algún servicio a la elucidación de los problemas filosóficos actualmente en discusión. Firmemente convencido de que nuestro deber es aprovechar todas las circunstancias favorables para afirmar la *filosofía espiritualista de las ciencias*, tomé la resolución de traducir en francés aquel excelente libro, cuyas tendencias son tan elevadas y cuyas conclusiones, combatiendo enérgicamente las negaciones materialistas, continúan, transformándola y completándola, la tradición espiritualista que es la gloria del espíritu humano.

Esta traducción fué hecha durante el invierno de 1867-1868, y publicada en 1868, en la librería académica Didier. Aquella era mi oncena obra.

Mi permanencia en Jersey me había pues hecho hacer conocimiento con la filosofía de sir Humphry Davy. A mi regreso a Saint-Malo, después de la visita reglamentaria a los recuerdos de Chateaubriand, no pude hacer sino una rápida excursión a Bretaña, simplemente a Saint-Brieuc, donde me esperaban Henri

Martin, Glais-Bizoin, Hesard de la Villemarqué, Geslin de Bourgogne y varios nobles celtizantes reunidos para un congreso céltico. Conferencias de un alto interés histórico nos transportaron a los tiempos de los celtas; un poeta venido de Escocia, Griffith, celebró con su lira las leyendas de Ossian y de la verde Eryn. Alejandro Bertrand y du Cleuziou hicieron la historia de los dólmenes y de los menhires, que me prometí ir a visitar algún día, y el congreso se terminó por una conferencia astronómica, en la que procuré exponer ante el alma bretona la grandeza de los descubrimientos de la ciencia positiva.

En aquellos pocos días, habitaba la casa del diputado Glais-Bizoin, y mis ventanas daban sobre una vieja torre partida en dos por la explosión de una mina en tiempos de Henrique IV, y que, sobre su altura de 20 metros (una de las dos mitades había caído) muestra sus curiosos pisos, sus cámaras con aspilleras, sus ventanas cuadradas o en arco con sus profundos alféizares de bancos de piedra, sus corredores de comunicación, sus tubos acústicos, su escalera de caracol y todas sus curiosidades de arqueología militar. Esta torre de Cesson, con sus muros de 4 metros de espesor, es un hermoso modelo de la antigua barbarie. Parece que en aquella época, los señores no existían sino para pelear entre sí, convencidos de poseer eternamente la tierra cultivada por los villanos. ¿Qué es lo que queda hoy? Sólo ruinas.

En Saint-Brieuc, recibí la visita de un impresor, M. Ch. Le Maout, que me trajo un pequeño libro, compuesto por él, sobre *Las Cañonadas de Sebastopol, o el cañón y el barómetro durante el sitio de esta plaza*, tesis en la que sostenía que los cañonazos provocan

la lluvia. Después de esto, me han enviado frecuentemente observaciones sobre el particular. Siempre me ha parecido que no son suficientes para definir la cuestión. Es probable, sin embargo, que si nubes que se encuentren sobre nuestras cabezas están dispuestas a resolverse en lluvia, la conmoción del aire producida por los cañonazos pueda determinar esta caída.

La torre de Cesson, en el fondo de una ensenada de la bahía de Saint-Brieuc, domina el mar. Es un paisaje donde me hubiera agradado permanecer más de tres días, atendida la invitación de su espiritual y erudita propietaria, hermana del geógrafo Antonio d'Abbadie. Pero mis vacaciones debían terminar, puesto que trabajos urgentes me llamaban a París. Así es que tomé el tren más rápido. A la salida de Saint-Brieuc, la línea del ferrocarril se aproxima al mar, que de pronto aparece sobre la izquierda, al norte, con la vieja torre de Glais-Bizoin. Estaba en mi compartimiento de primera clase, según los usos de que he hablado antes, solo, para soñar tranquilamente, sentado a la derecha, en un rincón. A la vista del mar espléndido, me precipité de un salto para mirar de nuevo el magnífico cuadro del mar y de la costa, iluminados por el sol, cuando sentí un golpe atolondrador sobre la frente. El cristal de la portezuela, bastante grueso y biselado estaba cerrado. Yo había pasado mi cabeza a través de él empujado por un salto tan rápido como entusiasta hacia la contemplación de la naturaleza.

El cristal había volado en pedazos con un ruido formidable. El tren no marchaba todavía con bastante rapidez y no hacía por consiguiente mucho ruido. Sucedió que un inspector de la compañía se hallaba

en el compartimiento inmediato y, sorprendido por el ruido, llegó por el estribo del coche, abrió la portezuela y se extrañó de verme a la vez estupefacto y tranquilo. Le referí que yo solo había producido aquel cataclismo con mi frente, y sin otra arma que mi cabeza desnuda. Por otra parte, añadí, el que rompe los vidrios, los paga.

Y le presenté mi carta de circulación.

— ¡Ah, dijo, jamás le dejarán a usted pagarlo! El caso es excepcional y completamente imprevisto. Por el contrario, voy a hacer recoger los pedazos para ofrecerlos a M. Coindart.

M. Coindart era el secretario general de la compañía del Oeste. Fui a hacerle una visita algunos días después, para rogarle que felicitara al hombre encargado de limpiar las portezuelas, atendido que el cristal roto por mi frente estaba tan perfectamente limpio, tan claro y tan puro, que yo no lo había visto y que su transparencia era tan absoluta, como si nada hubiera existido allí.

Entonces me mostró los restos recogidos, agudos y puntiagudos, examinando al mismo tiempo de cerca mi cara.

— ¡Cómo! ¡ni un mal arañazo! ¡Parece imposible! Seguramente, si se repitiera cien veces la misma experiencia, no se obtendría ese resultado.

— Creo, le repliqué, que las cosas hechas sin vacilación son las que salen mejor. Si se quisiera razonar el golpe y ejecutarlo, se vacilaría instintivamente y se tendría miedo de romperse la cabeza, saltarse los ojos, aplastarse la nariz, desgarrarse las mejillas o cortarse la punta de la oreja. En todo caso, señor secretario general, ya puede usted darme todos los

permisos imaginables para todas las líneas pertenecientes a su administración, y le juró que no lo haré de nuevo.

— Usted tiene quizás en parte la culpa de la limpieza de aquel cristal.

— ¿Yo? No adivino.

— Pues sí. En la estación de Saint-Brieuc se habrá querido desplegar un poco de celo, a causa del diputado Glais-Bizoin, de sus amigos, de los ilustres miembros del congreso, y se habrá hecho una limpieza de primer orden que puede usted estar seguro de no encontrar frecuentemente. Lo que quiera que sea, cuando se me hable de su cabeza, yo puedo dar testimonio de su solidez.

En el camino de Saint-Brieuc a París me paré en el Mans, donde me atraían algunas curiosidades: un bello menhir druídico de 4'55 m. de altura, apoyado contra el costado sur de la catedral y las figuras zodiacales de una gran puerta, donde se ve, según parece, al rey Sol (no a Jesucristo), acompañado del Sagitario y del Capricornio. Allí hay reunidos vestigios del culto druídico y de una religión de origen oriental. Los templos cristianos han sucedido con frecuencia, en el mismo sitio, a los templos paganos anteriores. En París, la catedral ha reemplazado a un santuario galo-romano y, en la antigua iglesia de San Pedro, de Montmartre, se puede encontrar una de las columnas del templo de Mercurio.

Heme aquí pues vuelto a París, a mi pequeño observatorio de la rue Gay-Lussac, a mis cursos de astronomía de la escuela Turgot, a mis conferencias del boulevard des Capucines, a mi redacción científica del *Cosmos*, de *le Siècle* y del *Magasin Pitto-*

resque, a mis estudios demasiado enciclopédicos y a mi colaboración en las diversas revistas francesas y extranjeras.

Yo continuaba mi obra LA DEMOSTRACIÓN DE LA VIDA UNIVERSAL, fin de la naturaleza, función de la astronomía, y no descuidaba ninguna circunstancia para ejercer este apostolado convencido. A cada instante se me presentaban objeciones. La principal era que la naturaleza no puede tener fin, porque no es un ser. Asimilar la naturaleza al espíritu humano, que obra con un fin, era, según se aseguraba, el antropomorfismo. Habría muchos volúmenes que escribir para responder a esta objeción, que no es, por tanto, más que una petición de principio, atendido que un espíritu desconocido, que no tuviera nada de humano y fuera infinito, podría sin embargo tener un fin del que nosotros no comprenderíamos nada.

Otra era, que todos los mundos no son habitables actualmente. Esta objeción carece de tanta seriedad como la primera, puesto que nuestra época no tiene ninguna importancia particular en la eternidad. Pero era preciso responder también a ella y analizar los tiempos.

En cuanto a los astrónomos, en general, pensaban que la astronomía no tiene nada que hacer con la idea filosófica de la vida universal.

Aquí había un largo sitio que sostener. Este solo programa bastaría para llenar la vida entera del hombre más laborioso.

El universo no es una aglomeración cualquiera y fortuita de moléculas materiales : es un dinamismo organizado, y la Vida es el fin de esta organización. Los mundos son el laboratorio de la

Vida. La Vida es la ley suprema de la naturaleza.

Que la vida sea el fin de la existencia de los mundos, esto es lo que el estudio de la naturaleza proclama en todo y por todo. Nuestro planeta está lejos de ser completamente perfecto. La obligación de comer y de matar para vivir, la rudeza de los climas, las desigualdades de las estaciones, la densidad y la pesadez de los cuerpos, las tempestades, los ciclones, las inundaciones, los temblores de tierra, las epidemias, los microbios malhechores, las enfermedades y las diversas plagas de la naturaleza hacen de nuestro globo una mediana habitación y muy imperfecta. Sin embargo, la ley de vida es tan imperiosa que, a pesar de toda su imperfección, este pobre planetilla se muestra a los ojos del analizador como una copa demasiado pequeña que desborda el elixir de la vida que la llena sin cesar. Los campos, las praderas, los bosques, los ríos y los mares, están llenos de seres vivientes.

Centenas de millares de especies vegetales y animales se multiplican sin cesar, y cada primavera renueva, con una especie de furor y frenesí, el combate siempre victorioso de la vida ; los nidos pululan, los cantos se suceden, los insectos zumban, una agitación universal anima la superficie del globo, y nadie levantará una piedra en un campo o en la zanja del camino más solitario sin poner al descubierto toda una población bullente, ni nadie tirará de una red arrojada al río sin sacar la palpitante población de peces sorprendidos en su acuática mansión. Descended a las mayores profundidades oceánicas y allí descubriréis los seres más fantásticos y los más maravillosos. Mirad una gota de agua al microscopio y

veréis agitarse todo un mundo, el mundo riquísimo de los infusorios. El aire mismo está lleno de gérmenes. La procreación vital es perpetua, prodigiosa, ardiente y sin tregua. « Creced y multiplicaos » : esta es la primera ley.

Ahora bien, la Tierra en que nos encontramos es un astro. Es el tercero de los planetas que gravitan al rededor del Sol, sin preeminencia particular en lo que quiera que sea; al contrario. Los otros astros gravitan, como ella en la iluminación fecunda del Sol; Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, y tantos otros, son tierras análogas a la que habitamos. Cada estrella es un sol, y millares de millones de sistemas solares, más o menos diferentes que el nuestro, se suceden en la inmensidad de los espacios celestes, hasta el infinito. El espectáculo que nos muestra el planeta terrestre no es, ni puede ser sino una imagen de la organización general del Universo.

Los escritores clericales me hacían una guerra perpetua sobre este punto, y frecuentemente tuve que sostener luchas muy violentas.

Nuestro planeta es una provincia del cielo infinito. El Universo es la Tierra cien, mil veces y más, con una variedad de la que la flora y la fauna terrestres nos dan una idea infinitamente pequeña.

La astronomía es el poema de la vida. Los rayos que descienden de las estrellas nos muestran esta vida en todos los grados.

Siempre me ha sorprendido la indiferencia general de los habitantes de la Tierra. No se preguntan siquiera dónde están y se parecen a los crustáceos en el fondo del agua, ignorando las leyes que rigen la

creación y entregándose más o menos tranquilamente a sus asuntos diarios o a sus placeres, sin saber una palabra sobre las maravillas del universo.

Se preguntaba a Aristóteles qué diferencia hay entre un hombre instruído y un ignorante. « La que hay, respondió, entre un hombre vivo y un cadáver ».

Es inexplicable, sobre todo, que la astronomía tenga, hasta ahora, tan pocos adeptos, puesto que sin ella no sabemos nada de nuestra situación en el universo. Es inexplicable que la ignorancia nativa baste a la mentalidad de los habitantes de nuestro planeta.

No es un caso bien raro encontrar, en la mesa o en el salón, personas, espirituales e inteligentes por otra parte, que pregunten *para qué sirve la Astronomía*. Esto es un poco como si se preguntara, para qué sirve la música, para qué sirve la pintura, para qué sirve la física y para qué sirven todas las artes y todas las ciencias; pero esto es menos disculpable, porque la Astronomía no es solamente *una* ciencia o un arte, sino que es *la* ciencia por excelencia, la que nos hace conocer el universo en medio del cual vivimos, y sin la que estaríamos en una ignorancia análoga a la de los animales o de las plantas.

Por lo demás, nosotros practicamos constantemente la astronomía sin saberlo. Si nos preguntamos a cuántos estamos hoy, hacemos una pregunta astronómica, porque a la Astronomía es a la que debemos el Calendario, y, al mismo tiempo, la base indispensable de la historia. Si consultamos el reloj, también esto es astronomía, porque la hora ha sido creada por el movimiento diurno de nuestro planeta al rededor de su eje, y por el paso del astro del día por los diversos meridianos. Si se nos sirve champagne